

LAZARO

Estoy tirado sobre un catre de lona mugriento y desmantelado, cuyos pernos rechinan estrepitosamente. Junto a mi lecho, hay una mesita con algunos libros, muchos remedios y una montaña de papeles; más allá, resplandece el brasero que encendió la Tita antes de marcharse; en último término, una vela de sebo se derrite, literalmente, sobre mis cuartillas... La puerta está cerrada, la ventanilla entreabierta, y, el conventillo profundamente fatigado, duerme. La temperatura ha sufrido un descenso brusco. El cielo, quizás, se encuentra ahora mudo y aterido, forrado en toda su longitud por una niebla húmeda y turbia. Todo, en la calle, a esta hora y con esta noche, seguramente, instila humedad: una humedad penetrante de tumba agrietada y podrida. Si mi ventana diese a la calle, pegaría mi rostro contra los cristales y escudriñaría el panorama inmóvil y negro de la noche. El tráfico se ha detenido un momento y los focos del alumbrado, tal vez parpadean moribundos entre las sombras trémulas de la neblina. Pesadamente, el reloj de la torre inglesa deja caer las horas sobre el conventillo.

Son las doce. La Tita no ha regresado aún; a lo mejor, se quedó dormida en el umbral de alguna puerta.

Antes de morir, quiero escribirte una carta, una carta larga...

Escucha, abuela... Te ruego que me escuches, que tengas paciencia y me escuches hasta el fin.

Cuando tú me mandaste a la Tita ocupaba yo un departamento, sencillo y limpio: dos piezas corrudas y un patio ceñido por una magnífica trepadora. Sobre el piso de mosaico florecían una serie de plantas aprisionadas en macetas de barro, entre las cuales se destacaba un heliotropo soberbio que era, sin disputa, lo más valioso de mi colección botánica. Las diamelas y los malvones ocupaban un lugar secundario, gracias a que la trepadora llenaba con sus innumerables guías toda la decoración del patio. La luz entraba en mi casa a borbotones.

En aquella época esplendorosa trabajaba yo de periodista y me podía hacer traer la comida de un hotel cercano. La ropa me la lavaba una mujer singularmente embrutecida por el trabajo con quien no pude nunca cambiar más de dos palabras; el resto de la limpieza lo efectuaba yo mismo, con mis propios puños, en los momentos que me dejaban libre mis ocupaciones preferidas.

Desde que salí de las sierras rumbo a Buenos Aires hice, materialmente, de todo. Durante seis años exprimí mis energías en una labor constante, y, a menudo, aniquiladora. Yo iba de aquí para allí, abuela; iba de aquí para allí recorriendo los siete círculos del infierno social donde naci. Si, sí, yo nací en el infierno; a mí no se me oculta que nací en el mismo infierno. Naci y viví. Y esto no es una blasfemia; te juro que no es una blasfemia. (Dios, que me quiere mucho, que me quiere tanto, pero tanto, que siempre me envía alguna plaga, algún martirio, alguna aprensión; algo, en fin, para que yo me devuelva del camino recto, Dios es testigo de que yo no blasfemo.)

A pesar de todo, leía y trabajaba con ardor. En cuanto abandonaba mi trabajo, cogía un libro y me sumergía en su lectura, a veces, hasta la madrugada. Alternaba la labor ruda del día con el cansancio febril del estudio nocturno. Sucesivamente, fui cargador en el puerto, albañil, tipógrafo, corrector de pruebas; por fin, me hice escritor proletario... Entré en un diario de la tarde, cuya redacción era una estancia oscura e insalubre que comunicaba por tres lados con la imprenta. Allí, tal vez, contraí mi enfermedad, o, por lo menos, allí hizo su aparición siniestra; allí, también perdí el talento; allí, perdí dos cosas que no voy a recuperar jamás: la salud y la inteligencia.

Abrigaba, por entonces, el propósito de traerte conmigo y luchaba y me debatía, a fin de cubrir los gastos que originaría tu viaje, primero, y, luego, tu instalación. Mi aspiración consistía en ubicarte como nunca habías estado en tu vida: sacarte de ese rancho miserable y verriondo lleno de gatos y de perros, trocar tu traje harapiento por otro completamente nuevo y darte de comer, darte de comer todos los días...

Cuando llegó la Tita me ayudó en esta empresa. Bajo su influencia, publiqué un libro de cuentos humildes titulado "El conventillo por dentro", en el cual cifré, al principio, muchas esperanzas.

Creí que mi libro, a falta de mayor gloria, me iba a permitir la alegría de traerte, pero no ocurrió lo que yo había sospechado. Nadie se ocupó de mi libro y mi libro pasó como una sombra impresa a máquina...

Claro está, no gané nada con él, lo que se dice nada; pero no me afligí, porque aún podía escribir y estaba en buenas condiciones económicas. Tosía, pero con intermitencias; esgarraba poco y fumaba, si cabe, razonablemente.

La Tita se adaptó en seguida a este medio y a pesar de su escasa edad —no había cumplido once años— y de venir como quien dice del campo, se mezcló intrépidamente al tráfico ciudadano. En poco tiempo aprendió a cruzar de parte a parte esta ciudad immense; aprendió a cocinar, a lavar la ropa, a limpiarse los dientes y a bañarse con jabón todos los días. Si la hubieses visto seis meses después de llegar aquí, puedo asegurarte que no la hubieras reconocido. Aquella conjuntivitis granulosa que tenía, a fuerza de inyecciones arsenicadas y pomadas con nitratos, curó radicalmente; asimismo, curó, también, aquella fotofobia que la obligaba a caminar con las manos en arco sobre las cejas. Al principio, no sé si recordarás, daba horror mirarle la cara: los ojos le supuraban continuamente y continuamente se le caían las pestanas, mientras que los párpados congestionados se invertían mostrando el rojo repulsivo de la inflamación.

Una mañana la llevé al Clínicas y la puse en manos de un especialista. Bastó que la acompañara una vez, para que ella, en lo sucesivo, fuese sola hasta la fecha de su curación. Le recetaron una pomada pegajosa y blanca con la cual le embardujaba yo los ojos, de noche, antes de acostarse. Ella, soportaba sin quejarse el ardor que le producían los nitratos del ungüento, con la misma resignación que soportaba la introducción de agujas en las venas durante el periodo de las inyecciones.

Pero, por fin, sus ojos volvieron a recuperar su diafanidad primitiva y otra vez volvieron a crecerle las pestanas. Su semblante experimentó una transmutación violenta. Yo no creía que la Tita fuese realmente hermosa y que su aparente fealdad proviniera exclusivamente de esa peste corrosiva que tenía en los ojos. La Tita no es fea; créeme que no es fea. Además, es bastante despejada y aprende cualquier cosa con sólo verla hacer.

Posee iniciativa y un tacto especial para llevar a cabo sus empresas.

Cuando estaba en el departamento, allí se había creado una existencia propia al margen de la mía.

Visitaba puntualmente en el Clínicas al médico que la curó y de paso le llevaba a ciertos chicos paralíticos, internados en la sala de niños, algunos encargos que éstos le hacían. Estas visitas eran de carácter extraoficial...

Contrajo una serie larga de amigos y amigas, más o menos de su misma edad, y fundó con ellos, en nuestra sección, un comité Billiken. Te advierto que todo esto lo realizaba ella por inspiración propia, pues yo no influía en lo más mínimo en sus determinaciones. No influía ni quería influir para que ella fuese ella y no yo... Por lo demás, hacia sus operaciones con tal aplomo que ni siquiera se le ocurría recabar mi consentimiento.

De mañana temprano cogía una canasta y se dirigía al mercado donde efectuaba las compras del día. Al regresar, me cebaba mate en la cama, mientras yo recorría por obligación las columnas de los diarios matutinos.

Nunca me importunaba con palabras insípidas, ni me traía pleitos, ni me distraía en mis ocupaciones: hablaba lo necesario y sonreía, sonreía siempre. Desde que se curó los ojos le despuntó una sonrisa de agradecimiento... Sentía por mí un gran respeto. Yo le entregué el manejo de la casa y ella verificaba verdaderos prodigios de economía doméstica. Aunque sumaba con los dedos, sus cálculos no fallaban nunca. En eso de comprar o no comprar, de ofrecer y alejarse y volverse a aproximar, de cerciorarse si vale o no vale y luego regatear, era y es de una precocidad admirable.

No había nada que enseñarle en materia de discreción. Recibía a mis amigos con una compostura que a mí mismo me sorprendía y asistía más tarde a nuestras conversaciones con el recato de una persona mayor.

Recuerdo que un día la llevé a una conferencia en el Cervantes, de la cual hice crónica, y en la que dos escritores españoles expusieron y detallaron con minuciosidad la situación angustiosa de la Rusia azotada por el hambre. Según los conferencistas, la cantidad de niños que carecían en absoluto de alimentos, pasaba de dos millones. La Tita se estremecía de horror.

En una tela luminosa aparecieron una serie de fotografías conturbantes y aterradoras. Nadie podía mirarlas fijamente sin experimentar escalofríos. Algunos niños fotografiados, comían paja de las techumbres y se les hinchaba el vientre hasta la monstruosidad. Caravanas de hombres y mujeres espirituales recorrián la estepa desierta aullando como lobos hambrientos. La tierra reseca se resquebrajaba bajo la llamarada mordiente y roja de un sol furiosamente canicular y sobre el Volga navegaba una verdadera flota de cadáveres. En algunas regiones no quedaba en pie un solo caballo, ni una rata, ni plantas, ni insectos y el canibalismo resucitaba entre sus moradores. Exhibieron la fotografía de un chico, al parecer hidrópico, que se había comido al hermano menor.

Era un espectáculo bárbaro y alucinante.

La Tita regresó a casa, lívida y afiebrada; no quiso probar bocado y se acostó a dormir. Aquella noche tuvo una crisis de sonambulismo. A eso de las once, abandonó el lecho y empezó a recorrer los cuartos, rígida, descalza, envuelta en un camisón blanco que casi tocaba el suelo. En medio de la oscuridad parecía el fantasma de uno de aquellos niños dantescos que habíamos visto por la tarde en el teatro. La Tita se oprimía el vientre como si lo hubiera tenido repleto de paja, gemía y se contorsionaba. Salía al patio lentamente y con la misma lentitud volvía a los cuartos. Se arrodillaba, pronunciaba algo en voz baja, algo ininteligible como una plegaria y en seguida decía en voz alta, decía y tornaba a decir:

—Pan... pan... pan...

Al día siguiente no sonreía más: se levantó seria como una estatua. La primera medida que tomó fue reunir en casa al comité Billiken en sesión extraordinaria. La Tita expuso a una veintena de chiquilines la situación de los niños del Volga sin omitir detalles. Enseñó fotografías y habló con singular elocuencia desde las nueve y media de la mañana hasta las once. Yo asistí a esta segunda conferencia con más interés que a la primera.

Al final, los chicos resolvieron entregar todo el fondo que el comité poseía para socorrer a los menesterosos.

—Sabes cuánto tenía de fondo el comité Billiken?
—Tres pesos! Nada más que tres pesos. Y como si esto fuese poco doloroso, el tesorero, al tener co-

nocimiento de lo que se estaba por llevar a cabo, se escapó con la plata.

La sorpresa de la Tita era indescriptible; se quedó, materialmente bizca... ¡Ah, pero las cosas no podían quedar así! ¡De ninguna manera! No, no... ¡Escaparse con el dinero de los niños hambrientos! ¡De aquellos niños escuálidos cuyas fotografías le temblaban a ella entre los dedos! No, no: eso no tenía perdón de Dios...

Salió a la calle degreñada y furiosa, y no retornó hasta el anochecer. Persiguió al defraudador por todos los biógrafos y confiterías y, a la poste, lo encontró sin blanca en un puesto de helados. Huelga decir que se comportó con él sin la menor cortesía: lo agarró por una oreja, lo condujo a su casa y allí se hizo devolver el dinero por sus padres, quienes, a su vez, se cobraron del niño con una paliza.

La Tita estaba rozagante, triunfadora. Enseguida se dirigió al Comité Central de Ayuda a Rusia y entregó el dinero en nombre de la gran institución que representaba. La tesorera, una mujer de unos cuarenta años, flaca y arrugada, se puso a tartamudear y a llorar cuando la Tita le entregó los tres pesos.

La Tita es muy buena; posee una bondad de fondo y acompaña todos sus actos con una sonrisa tierna... Ella no perdió un solo instante la esperanza de traerte con nosotros. No se si la conserva todavía.

Antes, con frecuencia, me preguntaba:

—¿Cuándo vas a traer a la agüelita?

—Pronto, pronto, —decía yo a fin de reconfortarla—, muy pronto...

—Sí, sí —refunfuñaba ella, reproduciendo mis palabras y mis gestos— pronto, pronto, muy pronto... Siempre decis lo mismo, pero nunca la traés... Decime: ¿por qué no la traés? ¿Qué te cuesta traerla? ¿No ves que la pobre es vieja, y, sola, sola así como está en aquel rancho se va a morir?

Ordinariamente, yo guardaba silencio: lo hacía por reflexión. Un día me preguntó a boca de jarro:

—¿Cuántos años tiene la agüelita?

—Ochenta y dos...

—¡Ochenta y dos años! —repitió asombrada. Hizo una pausa meditativa y continuó:

—¿Cuántos años puede vivir una persona?

—Según... A veces, cien años...

Empezó a echar cuentas vertiginosamente con los diez dedos; se encaró al final conmigo y me declaró:

—¡Tenés que traerla!

—Pero...

—Tenés que traerla, —insistió— tenés que ir y traerla.

—Es que...

—¡Nada, nada, nada!...

—Es que no puedo Tita, no puedo traerla... ¿Querés que te diga la verdad? No tengo plata para el pasaje... Cada vez escribo menos y cada vez me pagan peor. Toso mucho. ¿No me oís toser a media noche?

La Tita me miraba sin comprender lo que yo le decía, sumergida en un propósito fijo, alucinada.

—¿Querés que vaya a trabajar yo? —me propuso sin la menor idea de ultrajarme—. ¡Eh!...

Yo, me eché a reír con toda mi alma, aunque malditas las ganas que tenía de reírme. Esto la ofendió.

—¿Por qué te reís? —protestó ruborizándose—. ¿Acaso no sé hacer muchas cosas? ¿No sé comprar? ¿No sé lavar? ¿No sé barrer, cocinar, pelar papas?

—Sabés hacer todo eso, no lo niego, pero con todo eso no podrías trabajar de nada.

—¡Yo podría trabajar! —afirmó de nuevo sacudiendo la cabeza—. ¡Claro que podría trabajar!

—¿De qué? Explícate... ¿de qué?

—¿De qué?... Por ejemplo... de sirvienta...

—¡De sirvienta!

A fin de atenuar la mala impresión que me produjo la palabra sirvienta, se apresuró a corregir:

—De sirvientita...

—¿De sirvientita, vos?... Mi hermana, mi única hermana, mi hermanita trabajar de sirvienta... Trabajar de sirvienta como la madre ¿eh?, como la abuela, embrutecerse, aniquilarse, llenarse de roña el cuerpo y el alma, un día y otro día y así toda la vida... ¡no!... ¡eso sí que no!...

—Bah, bah, ¿y qué tiene?

—Qué tiene! Yo, recordaba la historia de mi madre, de aquella esclava imperturbable e ignorada a quien un par de tísicos desconocidos le habían hecho dos hijos, uno de los cuales, era yo, abuela. Recordaba que había consumido su vida lavando pisos y fregando la mugre pestilente de los tu-

berculosos que se refugian en las sierras y mi alma caía en un estado de rebeldía feroz. Recordaba, asimismo, que tú habías hecho lo propio, y que tu madre, y que la madre de tu madre sufrieron la misma esclavitud abyecta y negra. Me ponía ciego de ira. Todos los azotes que recibieran mis antepasados caían ahora sobre mi cuerpo y me lo desollaban.

—¡Sirvienta!, ¿vos? —le decía, trágico, verdaderamente trágico—. ¡Jamás!... ¡Jamás consentiré eso!...

—Bueno: —trataba de conciliar ella dulcificando la voz— trabajará de otra cosa: iré a vender diarios...

—¡A vender diarios!...

—Yo he visto mujeres vendiendo diarios... ¿Eso no es malo, verdad?

—¿Que no es malo?... ¡Es atroz!... Vos no sabés lo que estás diciendo.

Volvió a meditar. Al rato exclamó iluminada:

—¿Y si fuera a lustrar botines? ¿Qué te parece la idea? Me hago un cajón, me compro betún, te saco un trapo del calzoncillo y me pongo en cualquier esquina y dale lustrar y dale gritar... ¡Adelante, señores! ¡Se lustra!...

—¡Callate! —reclamaba yo, angustiado—. ¡Te prefiero muerta antes de verte lustrar zapatos!... Te prefiero... eso no... eso no te prefiero...

Sin embargo, no sospechaba entonces que la Tita terminaría justamente lustrando botines por la calle y yo... Yo estoy postrado en este catre desmantelado hace ya bastante tiempo. ¿Sabes lo que tengo? ¿Quieres que te diga con una sola palabra lo que tengo? Estoy...

Estoy tuberculoso... ¿Entiendes? ¡Tuberculoso!...

Acaba de llegar la Tita. Viene desencajada y pálida, con su cajón terciado al hombro, una boina de apache en la cabeza y un tufo de pelo que le cae a lo largo de una mejilla. No conviene que ella se entere, no, no conviene. Mañana, cuando se vaya, proseguiré.

No me puedo mover mucho y respiro con bastante dificultad como si tuviese engastada al pecho una lápida de plomo que sube y baja con cierta crueldad rítmica.

—¿Sabes? Todo ha cambiado repentinamente, todo, todo: la casa, los muebles, el carácter, las costumbres. Uno por uno, hemos perdido los dos, to-

dos nuestros hábitos de higiene. La Tita se ha vuelto taciturna y sombría.

¿Te lo dije ya? No, no te lo dije: pues bien; ahora, ahora vivimos en un conventillo infecto y lóbrego. Ocupamos un tugurio en el primer piso, cuyo pavimento de madera podrida oscila cada vez que pasa un vehículo por la calzada. El techo se llueve en distintos puntos. Desde mi catre veo el esqueleto de las cabrias, en cuyos ángulos, las arañas tejen verdaderas obras de arte para atrapar moscas. De noche, los ratones mastican el cuero de los zapatos que se encuentran diseminados por el piso. Dondequier que pose la mirada no distingo más que montones de trapos sucios y cacharros desvencijados. En medio de este abandono afligente y hediondo, la Tita se acomoda en el suelo sobre unas cobijas raídas y descansa... Una cantidad respetable de basuras puebla los cuatro rincones. Las pulgas se reproducen día a día y me atormentan con su voracidad inextingible. Hay tantas, pero tantas, que ya no puedo dormir, o duermo a medias, de una manera especial, conservando cierta lucidez. Mi sueño, si es que se lo puede calificar de sueño, es delirante, agitado, febril. Dormido y todo, siento claramente las patas y los aguijones de una tropa de pulgas velludas que van sondeando, arriba, abajo, el manantial de mis venas y me rasco sin despertar, me rasco inconscientemente, furiosamente. Doy vueltas y más vueltas, a veces, trémulo como un leproso a quien le aplicaran una inyección de morfina negra.

Tengo la piel llena de escaras y me han salido algunos quistes sebáceos. Además, estoy seco y amarillo como un difunto: se me pueden contar las costillas.

Es tan grande mi depresión moral y física que he perdido en absoluto la voluntad. Ya ves, ahora, yo me sostengo a duras penas, o, mejor dicho, me sostiene la Tita con su trabajo. A menudo, quiero escribir un cuento o un artículo para conseguir dinero, pero lucho en vano y me torturo bajo una impotencia intelectual, horriblemente trágica. No hay nada más angustioso que la impotencia intelectual. Mis ansias de producción fracasan irremediablemente cuando me pongo a escribir. Mi cráneo está vacío. Reina en mi cerebro una penumbra eterna y fumo, fumo una barbaridad. El frío no me permite abrir la puerta y el humo del cigarrillo se mezcla a las emanaciones acreas del detritillo

tus que me rodea y produce una atmósfera densa e irrespirable.

Tu eres vieja, muy vieja y no estás en condiciones de resistir esta confesión. No sé si hago bien o hago mal en decirte lo que te digo, porque, en cierto modo, perdi el sentido de la realidad y de la lógica. Mi enfermedad desnaturaliza mis ideas y me precipita en un mundo extraño y caótico. Siento una necesidad patológica de hurgar constantemente mis llagas. Perdona la crueldad que uso contigo; no soy yo quien habla: es mi angustia que se desahoga... Si, sí, mi angustia... Estoy mal, muy mal de salud. Si me vieras los pulmones, si me vieras los pulmones como me los he visto yo a través de una radiografía, quedarias aterrizada. Hay allí dos cavernas, dos cavernas enormes.

Abuela...

Te ruego que vengas a buscar inmediatamente a la Tita. Puedes hacer así: tomar una diligencia que te lleve a Córdoba y de allí un tren que diga Buenos Aires. Ya sabes mi dirección. Porque si yo llego a morir como presumo la Tita se echará a perder por completo. ¡Quién sabe en qué terminará, la pobre! Ya ha descendido demasiado y cada día que transcurre, dada mi impotencia para ganarme la vida, se envilece más. Ahora sale de mañana y no regresa hasta la noche si es que regresa. Antes de partir, me coloca sobre la mesita de luz, un litro de leche, algunos remedios y dos atados de cigarrillos. Si hace mucho frío enciende el brasero. Hablamos muy poco. De vuelta, ella cuenta y recuenta sus monedas dándome las espaldas a fin de que yo no la observe. Cuenta afanosamente. Sin duda, proyecta algo. ¿Pensará abandonarme? ¿Pensará irse contigo a las sierras? ¿O pensará traerte a la ciudad?

Desde un tiempo a esta parte se estaciona en una puerta de calle que linda con el conventillo, en cuyo zaguán vive un zapatero remendón que le permite trabajar allí sin cobrarle nada. El zapatero, un viejo ceñudo y solitario con una cara apoplética de asesino, es un hombre singular que se pasa los seis días de la semana remendando botines, pierde todo recato, se emborracha y empieza a alborotar al conventillo. El martes, vuelve otra vez a su trabajo; otra vez contrae la frente y se abisma en ese mutismo que le dura toda la semana. A excepción de la Tita, no tolera ningún chi-

co en su despacho. Ignoro qué clase de relaciones mantienen entre si, porque yo salgo muy poco. Sólo oigo, de tarde en tarde, la voz infantil de la Tita que dice:

—¡Se lustra!

A veces su voz sube hasta mí mezclada con otras voces que pregan mercaderías; a veces, sube sola y vibra en el espacio como una lamentación hiriente y sutil.

Tú no te imaginas, abuela, el daño que me produce su voz. Ciertas noches, sueño con ella, sueño y oigo como un castigo:

—¡Se lustra!

Primero, es una voz doliente; después, son muchas voces igualmente afligidas; por último, todo el mundo grita:

—¡Se lustra! ¡Se lustra! ¡Se lustra!

Hemos pasado tales privaciones que ella tuvo la iniciativa de ponerse a lustrar zapatos. Desde entonces, probablemente, cambió de carácter. Antes, saltaba, brincaba, reía, se lavaba, me hacía la comida; ahora, está seria y taciturna, no se lava ni se peina nunca y trata de hablar lo menos posible contigo. Cuando dejamos el departamento y vinimos a vivir a este conventillo sufrió una desilusión terrible. Los primeros días se asomaba a la barandilla y contemplaba el patio con ojos de espanto. Por la noche tenía crisis agudas de sonambulismo: se levantaba en camisa y marchaba por los corredores fríos, con los ojos en blanco, la mirada fija, los brazos y las piernas, crispados. La luz iluminaba su semblante a pico destacando con nitidez el ancho surco de sus ojeras.

Te diré: este conventillo está por encima de toda descripción. Tiene dos pisos y ocupa un área de treinta por treinta, sobre la cual viven y se desplazan alrededor de quinientas personas. Hay tantas habitaciones que fue menester numerarlas como celdas para distinguirlas. Nadie ocupa, no obstante, más de una habitación y se da el caso de haber familias numerosas almacenadas en una pocilga de cuatro por cuatro. El patio es de piedra rústica y las paredes descascaradas, muestran a trechos, el ladrillo rojo y polvoriento. El reboque, cae en grandes pedazos bajo la infiltración constante de la lluvia. Más de treinta cocinas funcionan desde las cinco de la mañana hasta las doce de la noche soltando vapores de aceites rancios y humo de leña y carbón mezclados con porciones de grasa. El espacio limitado del patio se lo disputan a viva fuerza las lavanderas, quienes

tienden un triple toldo de ropa y guñapos sobre una red compleja de cuerdas y alambres. En el fondo, resalta una fila de excusados sórdidos que parecen jaulas, cuyas paredes trasudan y desprenden un olor incalificable. De mañana, las cloacas despiden un aliento asfixiante en cuanto los vecinos remueven sus entrañas dormidas con tachos de agua sucia y latas colmadas de desperdicios.

Difícilmente, no anda aquí adentro, entre los niños que son legión, una epidemia. Si no es la escarlatina, es el tifus; si no la difteria. Esto sin incluir aquellos casos como el mío, de enfermedades más feas e infecciosas.

Por otra parte, el movimiento es continuo y febril. Entran y salen, lecheros, panaderos, verduleros, trabajadores, soldados y prostitutas. A veces, el conventillo semeja una cárcel donde se han sublevado los presos; otras veces, un lunapar de los bajos fondos; otras veces, una taberna inmunda donde se juega y se riñe y se alborota. Quizás, sea alternativamente, las tres cosas a la vez.

De noche, está iluminado por un farol rojo que derrama sobre las losas una luz sangrienta y tétrica. A la Tita le resultó sumamente duro abandonar las comodidades del departamento y sepultarse en esta fosa común de dos pisos.

Tuvimos que vender todo, incluso las plantas. Sí: las diamelas y el heliotropo, aquel heliotropo soberbio del que no puedo olvidarme. Los médicos me comieron cuanto tenía para comunicarme científicamente que moriría a plazo fijo. Después empecé a rodar por los dispensarios y hospitales. De allí, me despidieron con las palabras más feroces del idioma. Recuerdo que, un médico desalmado, sin examinarme, me dijo un día:

—Usted no tiene remedio: ¿a qué santos viene a verme?

Yo, me quedé frío: luego, insinué con timidez:

—No me podría dar algo para prolongar mi vida un año, aunque sea un año? Le declaro a usted con toda mi alma que yo me conformo con vivir solamente un año, un año más... Ya ve: no soy exigente...

—Y para qué? ¿Para qué quiere usted prolongar su vida?

—Sabe? Tengo una hermanita... una criatura de diez años... Está sola... y yo quisiera vivir hasta que ella no tuviese necesidad de mí... ninguna necesidad... ¿Entiende?

El médico balanceó la cabeza.

—¿No hay nada —insistí implorante—, absolutamente nada contra mi enfermedad?

El hombre gesticuló. Abrió los brazos en abanico y me respondió secamente:

—Nada. No se ha descubierto nada todavía para resucitar cadáveres.

Como puedes imaginar salí de allí en un estado de ánimo turbio, delirante, fantástico. Mi rostro demacrado, era sin disputa, el rostro de un condenado a muerte. Vagaba automáticamente —calle arriba, calle abajo— agachado, tosiendo y apoyándome en mi bastón. Llevaba un capote al hombro. A la caída del sol, desolado y trágico, regresaba al conventillo. Consumía, en mis paseos más fuerzas de las que en realidad tenía, agotándome en una deambulación estéril y deplorable. Sólo advertía esto al llegar a la escalera del patio que conducía a mi habitación, ante la cual me detenía espantado, mirando angustiosamente los treinta escalones que la componían. ¡Tú no sabes lo que me cuesta a mí, ahora, subir uno por uno, treinta escalones!

Iniciaba, no obstante, la ascensión, tosiendo y esgarrando. Pronto me paraba a descansar y volvía a toser con más ahínco. Escupía y me oprimía el pecho y me sacudía de una manera satánica.

La caja torácica trepidaba y crujía...

Me serenaba y volvía a escalar otra serie de peladños, para volver a toser y a esgarrar y a sacudirme.

A menudo, me aferraba a la baranda, volcaba mi cuerpo sobre el pasamano y dejaba colgar el tronco hacia abajo para aliviar mi fatiga, mi horrible fatiga. Por fin, llegaba al rellano, livido, siniestro, con deseos de no descender jamás. Me afirmaba en el bastón, abría los ojos desmesuradamente y respiraba anhelante durante varios minutos. Me ahogaba.

En cuanto podía recobrar el aliento, gritaba hacia el fondo, barbotaba:

—¡Tita! ¡Ti...ta!...

Si estaba la Tita venía corriendo, llevándose todo por delante.

—Ayúdame... —le pedía— No puedo más...

Ella, menuda como era, débil también, me cogía vigorosamente de la cintura, arrimaba su espalda contra mis huesos y así, entrelazados, arrastrándonos, llegábamos a nuestra pieza.

En seguida, me arrojaba yo sobre el catre deshecho y ella me desvestía prlijamente. Jamás me hizo la más ligera observación ni se aprovechó, tambo-

co, nunca de mi situación lastimosa. La Tita sabe perdonar y callar, sobre todo callar... Por eso la quiero entrañablemente y te ruego que vengas a buscarla cuanto antes.

En este momento está en la calle gritando. Siempre con su voz inalterable. Yo creo que, aún después de bajar a la tumba voy a oír su voz, esa su voz infantil, trémula y rota; sí, sí: la voy a oír siempre, por los siglos de los siglos, siempre, siempre:

—¡Se lustra! ¡Se lustra!

Acaba de ocurrirme una catástrofe pulmonar. Creo que estuve unos diez días sin conocimiento. Recién hoy recobré el juicio. Te explicaré cómo ha ocurrido.

Junto a mi pieza, pared por medio, vive un curandero, alto y enjuto, con un fulgor sagrado en la mirada, algo teósofo y un poco naturalista. En suma: una persona extraña y seria a quien consultan y respetan todos. Tiene el cuarto lleno de yuyos y se gana la vida vendiéndolos por la calle Su barba en horqueta le presta un aspecto evangélico. Un día se presentó aquí espontáneamente. El mismo, abrió la puerta y yo vi aparecer en el marco su estampa de mago andrajoso como en un aqualarre de brujas. Venía a salvarme. Avanzó lentamente y cuando estuvo a un paso de mi catre, me dijo:

—Vengo a resucitarte, hermano... Sí, sí: vos estás muerto y yo te voy a resucitar.

Su voz, grave y cavernosa me impresionó. No sé qué rasgos de mesías vi en su semblante que me impresionó profundamente.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó palpando el cilindro de mi pecho y besando mis mijillas mustias.

—Lázaro —balbucí emocionado— Estoy solo...

—Ah. Lázaro! ¿Te llamas Lázaro? Mejor, mejor... Está bien: no podías llamarte de otra manera. Ese es tu verdadero nombre de pila. Tu madre obró santamente poniéndote Lázaro... Escuchame...

—Te escucho...

—Yo sé muchas cosas y te voy a curar, pero vos no tenés que dudar en ningún momento de mis palabras... Hacé todo lo que yo te diga...

—Bien, bien: ¿y qué es lo que debo hacer?

—Tenés que agarrar todos los remedios y tirarlos a la basura, primero; después tenés que levantarte...

—Levantarme!...

—Sí, levantarte; olvidar que estás deprimido, levantarte y tomar sol en el patio. El sol...

—¡Oh, sí, el sol, el sol!... Tomar sol... Bueno, bueno: ¿qué más?

—Poné atención: a partir de mañana tenés que ir a los Mataderos de Liniers y beber allí sangre caliente, un vaso o dos... Yo curé a varios de esta manera. Te puedo jurar de rodillas que los curé... Ensayá...

Y se retiró. Como tengo necesidad de creer, una necesidad orgánica de creer que puedo curarme, se apoderó de mi espíritu atribulado una alegría morbosamente alegre.

Al día siguiente, la Tita me acompañó a los Mataderos. Madrugamos. Y me apoyaba en ella y en el bastón, sonriente y jovial ante la perspectiva de una curación milagrosa. Al cabo de una hora larga de tranvía llegamos a Liniers. Todavía no había salido el sol y una multitud de sombras difusas se movían alrededor del anfiteatro. Nos sentamos a esperar en un banco, que, según supe más tarde estaba destinado a los tuberculosos.

Aparecieron en el firmamento algunas listas rosadas navegando en un mar infinito de nubes pálidas. Una sucesión de tonos celestes recortaba en bandas la diafanidad indecisa del espacio. Se oía el bronco mugir de las reses y el silbido preliminar de los troperos. De rato en rato, el lamento prolongado de una bestia vibraba entre los bastidores del recinto, haciendo rechinar las bardas.

Las listas celestes se unieron en el cielo y formaron una mancha grande. En seguida, el sol proyectó sobre la mancha, una inmensa amapola. Pronto comenzaron a distinguirse las personas y los objetos. Algunos bultos se obstinaban todavía en permanecer anónimos.

Media hora después de nuestra llegada, se dio principio a la matanza de cerdos. En el mismo banco de madera, vi, luego, una caravana de tuberculosis —hombres y mujeres— marchitos, entecos, traslúcidos, que aguardaban como yo, la matanza de vacas para beber sangre. Una sonrisa cadavérica iluminaba débilmente el esquema descarnado de sus rostros. Era una sonrisa bestial de murciélagos que huele a distancia la carne descompuesta de los muertos.

Se apoyaban, unos contra otros semejando una procesión de fantasmas que descansaba un momento.

to para seguir después marchando hacia la necrópolis.

Todos estaban mudos y reconcentrados contemplando con fruición las incidencias de la matanza porcina que ya había empezado.

Los cerdos, impulsados por la picana de un arriero entraban en un corral y allí se apiñaban al extremo de no poder, luego, moverse. Cuando no había más capacidad, caía una puerta en guillotina y dos hombres corpulentos, blandiendo martillos puntiagudos, se largaban sobre la piara enloquecida y empezaba a pegarle martillazos en la cabeza. Los golpes eran rudos y certeros. La punta del martillo entraba y salía con rapidez de un cráneo para hacer la misma operación con otro. El animal caía muerto, articulando un grito extraño, algo así como una expresión humana. La Tita, aseguraba que, los cerdos, al caer, decían *maama...*

—Sí, sí, —porfiaba llena de emoción— sentí, sentí... ¿Oistes?... *Maama...*

Algunos gruñían lugubriamente o trepaban desaforados las tablas del corral; otros ocultaban el hocico bajo el vientre del compañero más próximo; otros pateaban y se defendían a dentelladas, pero, ninguno podía eludir, finalmente, el marronazo capital. Muerto, se lo enganchaba a una rueca por la cual subía un cerdo tras otro, en constante peregrinación, pasando sucesivamente una serie de estaciones en escalera. En la primera estación de una cuchillada le abrían la garganta extrayéndole la sangre; en la segunda, caía en un tanque de agua hirviendo de donde era nuevamente enganchado para ir a hundirse en un cilindro erizado de cuchillas que giraba vertiginosamente y lo pelaba por completo. En pocos minutos, el animal quedaba muerto, desangrado, cocido, tonsurado y reducido a pedazos.

Me fijé que los Mataderos tenían la forma de una rotunda en cuyo centro se estacionan los carros del abastecimiento. Aquí y allí, lo cruzan y entrecruzan pasillos adoquinados, por los cuales van y vienen, disparando, tropas de novillos acicateados por hombres a caballo que gritan y ululan frenéticamente.

La Tita temblaba de miedo y se tapaba los oídos. Ahora se oía el relinchar estridente de los potros y el mugido angustioso del ganado que se encamina hacia los corrales. La gente ajena al trabajo de matanza trepaba los puentes de madera que re-

corren de parte a parte la rotonda. Los puentes se levantan a dos metros del suelo bajo un cobertizo de cinc. Algunos obreros, recostados al barandal, esperaban la hora de faenar vacunos, cuya ejecución se realiza, abajo, sobre la playa.

En muchas playas ya se estaba desollando. La caravana de tísicos recorría los puentes avizorando las reses más gordas. Centenares de trabajadores, calzados con botas de montar y luciendo un sinnúmero de chairas y cuchillos se agitaban con frenesí alrededor de las reses muertas o vivas. El pavimento de los corrales estaba revestido por una capa de barro verdoso y blando sobre el cual resbalaba constantemente la tropa destrozándose las pezuñas. El piso de la playa era un charco de sangre roja y brillante, a cuyos flancos corría una alcantarilla que arrastaba el líquido caliente. Hacia un frío intenso y el personal zapateaba y corría y aullaba, quizás para no quedarse aterido.

Apoyándome siempre contra la Tita, empezamos a recorrer los puentes. Mirando hacia las playas se percibía una red de brazos arremangados que chorreaban sangre y blandían sendas cuchillas descuartizando bestias. Los primeros resplandores de la mañana iluminaron la cinta coruscante y roja de las alcantarillas. Bañaron de luz las patas de los caballos y las botas pesadas de los matarifes. Infinidad de cuchillos refulgieron entre el humo que levantaba el sol al recalentar el guano de las cunetas.

El arreo se efectúa brutalmente. Todo camina en la manga y fuera de la manga, a base de gritos y trallazos. Así se trae el ganado por los pasadizos, y así se lo encierra en los corrales. Mediante el mismo método, trasvasa, en seguida, de los corrales, al brete. Una vez colmado éste, se inicia la carnicería. Desde la tranquera del brete que limita con la playa, un indio melenudo, de ojos negros y duros y brazos de atleta, le arroja el lazo a la víctima. El lazo sujetado con precisión las guampas del animal y el indio grita, frenético:

—¡Lleeeeve!...

El lazo mide unos diez metros de longitud y termina en la retranca de un percherón macizo sobre cuyas espaldas se encuentra, terciado, el peón encargado del arrastre. Mientras el caballo tira del lazo, la res enganchada se resiste, patina y se tambalea de izquierda a derecha; más tarde, se encabrieta y muge, rueda, se incorpora, vuelve a rodar patina de nuevo hasta dar, por fin, con los cuernos

en el travesaño horizontal de la tranquera. El indio, entonces, alza su brazo vigoroso y le entierra una chuza de acero en las vértebras cervicales: le separa el atlas. El novillo, violentamente desnucado, encoge las patas delanteras, se arrodilla, cierra los ojos y mudo, indescriptiblemente mudo, clava las guampas en el lodo.

Inmediatamente se le hace una incisión profunda en la garganta y el novillo arroja un vómito de sangre como un chorro de fuego, en tanto mueve la cola y resuelta con ferocidad. El indio, quita el lazo, se lo larga a otro y vuelve a gritar con su voz cristalina y tétrica:

—¡Lleeeeve!...

De esta manera van pasando sin cesar las reses bajo el puño crispado del desollador. A eso de las diez, los corrales quedan vacíos, y desolados con una capa espesa de estiércol y de barro y un olor fuerte a sangre recocida.

Sucede, a veces, que el matarife no puede retirar la chuza con la ligereza que la faena reclama y se la revuelve entre las vértebras mientras el novillo contrae las articulaciones, jadea y se debate angustiosamente; a veces, sucede que, al caer, no yace todo lo muerto que la operación inmediata requiere y el obrero que lo espera, entonces, le clava por su cuenta otra cuchilla, clava y revuelve...

Terminada la matanza de novillos, le toca el turno a los terneros que aguardan amontonados en el brete con los ojos tristes y lacrimosos. Cada maniobra se anuncia con un grito salvaje, bárbaro, intraductible:

—Ag... ja... Ag... jajá...

La puerta del brete se abre y en el marco aparece un hombre joven, fuerte, musculoso, con un marrón al hombro. De repente, levanta el marrón en vilo, y se lo deja caer sobre la base del cráneo a un ternero que se desploma instantáneamente como si lo hubiese fulminado una centella. Este hombre, igual que el indio anterior, engancha el cadáver por una pata al lazo y grita con idéntica voz, cristalina y tétrica:

—¡Lleeeeve!...

En seguida le aplica un marronazo a otro, después a otro. Si no acierta a pegarle en la base, le pega indefectiblemente en el frontal que se quiebra en multitud de pedazos. Los huesos crujen y se astillan.

Comúnmente, al hombre se le va el brazo y le

hunde la maza en el cráneo, haciéndole saltar los sesos.

En poco tiempo, éste como aquél, deja sobre el fango verdoso de los bretes, un tendal de cadáveres.

El muchacho descansa y mira distraídamente hacia los puentes donde la caravana macilenta de los tuberculos examina el espectáculo. Mira y sonríe como si estuviera satisfecho de su obra. Los tísicos esperan ansiosamente que el veterinario ordene bajar a la playa para beber sangre.

A cada marronazo que el hombre aplica a los terneros, ulula y ríe con igual satisfacción y regocijo. Al recibir el golpe mortal, casi todos caen en la misma posición: de rodillas, estiran la cola y palean con intervalos.

—Oí, —me decía la Tita— ¿no oís? Dicen *aaay...*

—¿Qué es lo que dicen?

—¿No oís?... Mirá... ¿Vistes?... ¡*AAAY!*...

Durante varias horas desfilan bajo la musculatura congestionada del personal, cerdos, vacas, novillos y terneros hasta completar las tres mil reses que se carnean diariamente y que diariamente engulle esta piadosa ciudad de carníceros.

Los tísicos, uno tras otro, bajaron todos a la playa y junto con ellos, en último término nosotros. Estamos en fila bebiendo en el mismo vaso la misma sangre caliente de los terneros. Hay quien toma uno, hay quien toma dos y tres vasos.

Yo, alentado por la Tita, bebí cuatro; cerré los ojos y bebí cuatro vasos, cuatro vasos de sangre burbujeante y caliente. Cerré los ojos, eso sí, cerré los ojos para no verme. Yo, abuela, tan bueno como soy y sintiendo como siento un horror instintivo por la sangre, me tomé cuatro vasos... pero Dios me castigó. Si, Dios que repudia el crimen, me castigó...

—Toma, canalla, toma por beber la sangre caliente de mis hijos... Yo te arreglaré esta noche. Yo te volveré el juicio enviándote una catástrofe... ¡Ah, quieras salvarte y por salvarte tú, no vacilas en sacrificar a otro! ¡Lindo, lindo!... Y luego afirma que eres bueno, quieras convencerme a mí de que eres bueno... ¡Yo te arreglaré, canalla!"

Esto, tal vez, pensaba Dios, mientras yo, Lázaro, bebia la sangre inocente de los terneros... Quedé un rato abismado en reflexiones oscuras. De pronto, sentí un asco profundo por mí y por todos, un asco destructivo, de aniquilación y de muerte. En aquel instante me hubiese sentido feliz si hubiera

acaecido un cataclismo universal. Cerraba los puños y perjuraba en voz baja para que la Tita no me escuchase.

—Sí, sí —tartajeaba delirante— que se hunda la tierra, que se hunda la tierra y me trague... Que se hunda la tierra y nos trague a todos... Sí, sí, a todos, porque todos somos iguales, igualmente miserables y ruines y enfermos...

La Tita me sacudió.

—¿Qué decís? ¿Qué estás diciendo?

—¿Yo? —pregunté asombrado.

—Sí: vos...

—¿Digo algo? ¿Qué es lo que digo? No, no: yo no digo nada... ¿Por qué voy a decir algo?

—Creí que te quejabas...

—¿Quejarme, yo? ¿Por qué me voy a quejar? ¿Acaso tengo un motivo suficiente para quejarme? ¿No han sufrido otros más que yo, acaso? ¿Y se quejaron por eso? ¿Vos te quejaste cuando te introducían aquellas agujas en las venas, aquellas agujas largas y punzantes? ¿O cuando te quemaba los ojos con nitrato de plata?... ¿Y la madre: nuestra madre, eh? ¿Nuestra madre que no hizo más que lavar pisos y fregar ropa y soportar el virus fétido de los tísicos? Y si ella, ni vos, ni otros han dicho nada, ¿con qué derecho puedo yo quejarme? No, no tengo derecho, ningún derecho... Yo no puedo quejarme, ni puedo llorar... Quisiera llorar, te confieso, quisiera llorar un poco para aliviarme, un poquito, pero jamás me lo consentiré... jamás...

Deliraba bajo la influencia de un llanto morboso que pugnaba por salir. Para sofocar mi emoción angustiosa miraba hacia los pasillos. Los carros del abastecimiento continuaban entrando y saliendo: entraban vacíos y salían atestados de carne fresca y palpitante. Por los caminos, arriba, abajo, remolineaba un hormiguero de vehículos. Volví mis ojos a la playa donde se descuartizaban a las reses. Las botas gruesas y sólidas de los trabajadores chapoteaban aún en una laguna de sangre coagulada.

Un olor penetrante de abonos saturaba la atmósfera. El sol abrillantaba los adoquines por donde marchaban, trepidando, jardineras y camiones.

Lentamente, penosamente, los tuberculosos habían abandonado el recinto llevando una esperanza bestial en sus caras largas y estilizadas de murciélagos.

Yo, quizás, tomé sangre en exceso y me empecé a sentir mal, muy mal. Unos mareos violentísimos

entenebrecieron parcialmente mi inteligencia. Palpaba los objetos como un ciego y tenía la sensación de que al pisar en la tierra me iba a desmoronar en el vacío. Una palidez marmórea congelaba los rasgos de mis rostro. Mi barba crecida negreaba dándome la apariencia inconfundible de un alma del otro mundo. El bastón temblaba bajo mis dedos, se me escruría.

—Vamos —le dije a la Tita— Vamos... que me... siento mal...

Mientras nos alejábamos por la carretera oía claramente los gritos postreros del desollador que ordenaba:

—¡Lleeeeve!...



Al llegar a mi pieza tuve un vómito de sangre, horrendo: el piso quedó como la playa de los Mataderos. En seguida, me desvanecí. No sabría determinar exactamente la cantidad de días que estuve sin conocimiento, entre la vida y la muerte. Pero, al fin, una noche a eso de las doce, desperté. Lo primero que distinguí fue a la Tita que velaba mi sueño a la luz temblorosa de una estrellita de aceite; velaba y cantaba en voz baja.

Me cantaba, me cantaba a mí que tengo diez y seis años más que ella. ¿Sabes? Me cantaba todo lo que había aprendido en las sierras: reproducía el grito de los venteveos, después imitaba a las gallinas, más tarde granaba como los caranchos, pero siguiendo siempre una línea melódica y dulce. Finalmente, me cantaba aquella canción con la cual nos acunabas tú cuando éramos chicos:

“Duerme, duerme hijo mío...”

Aquí, terminaba su repertorio hablado y recurriía nuevamente al canto de los animales que oyó tantas veces en el campo.

Aunque la sangre había desaparecido del piso, yo seguía viendo un arroyo de sangre. En mi cerebro afiebrado se repetían los gritos de *¡lleve!* hasta el infinito. Desperté con el mismo delirio bajo el cual había perdido la razón, la misma confusión de ideas, el mismo caos. La fiebre me hacia ver y oír cosas monstruosas y extravagantes y dantescas: oía gritos desaforados, cuchicheos y juramentos. Mi catre alzaba las patas en una danza bestial y lubrica y se arreglaba de vez en cuando los pernos a fin de poder seguir bailando con desahogo. Sentía los cascos de mil potros que redoblaban sin cesar con-

tra las losas del patio. Todo, aparecía en mi retina enferma, rojo y sangriento. Una ola de púrpura brillante ondulaba fantásticamente en el espacio. Los muros de mi cuarto estaban teñidos ahora de un rojo estridente y por las grietas del techo caían cuajarones bermejos. Cuanto me circundaba, fuera y dentro de mí, enrojecía. Un rayo de luz lunar se filtraba por una rendija de la puerta, destacando bultos informes que semejaban reses descuartizadas.

Yo te llamaba, inconscientemente te llamaba.

—¡Abuela! —balbucía—. ¡Abuela!...

Y una voz desconocida, anónima, una voz que partía de las grietas sangrientas del techo, respondía:

—¡Lleeeeve!...

Ahora, atravesio los momentos más difíciles de mi vida, sepultado como estoy, en este catre mugriento. Toso de una manera increíble.

Mi tos, ronca, seca, triunfante, puebla toda la casa con su monotonía aplastadora: sale de mi refugio, rueda por las piedras mojadas del patio y escapa a la calle, aullando... Mi tos, cuando se ve libre de mí, aulla de alegría. Es un morbo fantástico que va llamando puerta por puerta para no dejar dormir a nadie.

Se conoce que afuera hace un frío terrible, porque el conventillo se ha recogido en un silencio profundo. Aunque me sea doloroso señalarlo, podría asegurar que todos aquí desean mi muerte, la desean por mí y por ellos... Si, sí, por piedad...

Todos, todos, menos el curandero que vive en la otra pieza. Supongo que no, porque con hoy van a hacer tres noches que vela... Está haciendo penitencia por mí... Cada dos o tres horas golpea el tabique que nos divide y pregunta:

—Lázaro... ¿estás vivo aún?

—Sí, sí...

—¿Me perdonás?

—Sí: te perdonó.

—Gracias.

Este diálogo se repite sin variantes durante toda la noche. En general, todos creen que yo sufro más de lo que sufro, y, a decir verdad, no sufro tanto... Ya he sorprendido a varios curiosos que aplican el oído contra mi puerta, atisban como lechuzas y exclaman luego con pesadumbre, con una pesadumbre desoladora:

—Todavía no murió...

Deben ser las ocho de la mañana. Algunas ráfagas de viento penetran por las hendiduras de la puerta y silban entre las latas. Con esta temperatura cruel la Tita salió a la calle. Seguramente se acomodó con su caja de lustrar zapatos en el zaguán y allí le está haciendo compañía a ese viejo remendón que tiene esa cara apoplética de asesino. Allí está, no me cabe la menor duda de que está allí aunque no la veo: está allí porque la oigo, abuela, la oigo como si la tuviese pegada a mi cuarto, como si la tuviera adentro del cráneo:

—¡Se lustra!...

Ya no veo mi cuerpo ni lo quiero ver, pero, supongo que bajo los trapos que le cubren hay un esqueleto largo... Todos los olores de mi tugurio se han descompuesto en un solo olor: olor a muerto...

Después del vómito quedé completamente vacío. Hace varias semanas que no me afeito y la barba me da un aspecto fúnebre. Mi piel enquistada adquirió un color transparente de tierra gredosa.

Estoy tan delgado, tan excesivamente delgado, que, si me vieras no atinarías a identificarme: me queda solamente la piel adherida a los huesos. No puedo ingerir más nada.

Existe un dolor vagabundo que no me abandona nunca, aunque cambia constantemente de sitio. (Oyes? ¡Se lustra!). Es un dolor con personalidad propia que se entretiene en recorrer y mortificar toda la superficie de mi cuerpo. Quizás, es algún verdugo secreto que se desprendió de los pulmones donde se halla atrincherado el grueso de mis inquisidores, un verdugo enzarzado de púas como un puercoespín que va, arriba, abajo, mordiendo y escarbando... Padezco, simultáneamente, un estreñimiento espantoso: hace ocho días que mi intestino no funciona. Sospecho que se ha petrificado.

Hay, en mi cerebro, una atmósfera densa y negra: pienso más en la muerte que en la vida. La proximidad de mi fin, sin duda, me sugiere este orden de ideas. Despierto tres o cuatro veces de noche con el mismo pensamiento clavado como una pica en la cabeza: la muerte.

—Cuándo moriré? Hoy o mañana?

—Tita!... Tita!...

(—Mirá, mirá: cuando yo muera mandale esta

carta a la agüelita... Mandásela para que te venga a buscar.)

Hoy o mañana, moriré; una lucidez premiosa y mórbida me anuncia que hoy o mañana, moriré.

La idea de la muerte, me aterra; te confieso sinceramente que me aterra... ¡Me aterra, me aterra!... Cada vez que llego con la imaginación a este punto nebuloso, mis facultades se resienten al extremo de sufrir un desvanecimiento. Creo que debe ser menos penoso morir que pensar en la muerte. Menos escalofriante.

—¡Tita!...

—¿Qué querés, hermano?

—¡Ah! ¿Estás ahí? Mirá... Escuchá... ¿Es de día o de noche?

—De noche... ¿Querés algo? ¿Querés un poco de leche?

—No, no, escuchá... ¿Hay sangre en el suelo?

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Escuchá, Tita... Dame un cigarrillo... Enciéndemelo... Eso es... Esta noche, esta noche me muero... No llores, eh? Ya sabés: no llores, te pido que no llores; no tenés que llorar... Oistes?... ¡Cuidadito con llorar!... Ahora, escuchá bien lo que te digo: poné esta carta en un buzón y esperá, esperá sin afligirte, con toda tranquilidad hasta que venga la agüelita a buscarte...

—¿Quién decís?

—La agüela...

—¿Agüelita?

—Sí, sí: agüelita, agüelita...

Antes de morir a Lázaro, al pobre Lázaro: aquél muchacho espectral que escribió "El conventillo por dentro", le estaba reservada todavía una última prueba. A las cinco de la mañana el curandero terminó su penitencia y se dirigió a la pieza del moribundo. Entró con los ojos extraviados por la vigilia en un estado de éxtasis místico, patológico. Su faz marchita irradiaba, no obstante, una fulguración bíblica: parecía un profeta andrajoso que regresaba del desierto.

—Vengo a salvarte, Lázaro —le dijo.

Lázaro no contestó: había caído en el período comatoso de la agonía.

El curandero, entonces, trapo por trapo, desvisió completamente: el esqueleto de Lázaro se reflejó en su retina como una figura de papel, on-

dulante y larga... Lo colocó en seguida sobre una tabla, se hizo ayudar por la Tita y entre los dos, le condujeron así desnudo, enteramente desnudo, al cuarto de baño. Al bajar las escaleras, el frío les hacía rechinar los dientes y la neblina envolvía a los tres en un colgajo de humedad que a la distancia parecía un sudario.

Se oía la respiración ruidosa del conventillo que dormía aún, iluminado por los últimos resplandores del farol rojo.

El curandero preparó una bañadera de lata que llenó inmediatamente de agua fría. Allí, sumergió a Lázaro sosteniéndole la cabeza con ambas manos y esperó... Esperó...

Lázaro gritaba como si le estuviesen quemando las entrañas con un fierro candente, gritaba y lanzaba unos alaridos desgarrantes y espasmódicos. Tenía la impresión, loca y orgánica, que había descendido al mismo infierno y allí le estaban echando en las arterias, plomo derretido y pez hirviente. Gritaba y clamaba.

Después, enmudeció. Contrajo la boca en un rictus doloroso de condenado al suplicio del potro y se calló para siempre. La policía incautóse de su cadáver y el encargado desalojó la pieza.

La Tita se refugió en el zaguán con sus cacharreros y allí esperó la contestación a la carta.

Entretanto, continúa lustrando botines. Asomada a la puerta del zaguán observa el tráfico mecánicamente y mecánicamente grita:

—¡Se lustra!

La Tita aguarda, hace ya bastante tiempo que aguarda la llegada de su abuela. Posee una fe inquebrantable. No duda un solo instante que la vieja vendrá a buscarla. Todos los días, supone, justamente, que ese día, ese mismo día, llegará; vieja y todo como se encuentra, con ochenta y dos años sobre las espaldas, curtida por el tiempo, gateando, cayendo, llegará... Cuando la distinga, correrá a su encuentro y le dirá llena de lágrimas:

—¡Agüelita! Mirá lo que estoy haciendo para vivir: ¡lustrando botines!

La vieja fruncirá el ceño.

—No es nada:— le reprochará— peor fue lo que hizo tu madre y ella no se quejó.

En seguida, preguntará por Lázaro.

—¿Dónde está Lázaro?

—¡Agüelita!

—¿Dónde está m'hijo Lázaro, te pregunto?

—Se murió... Una mañana terrible, ¿sabés? se murió... Se murió dando unos gritos espantosos... ¡Oh, cómo gritaba, cómo gritaba, agüelita!...

La Tita mira, aquí, allí, escudriña el tropel de la gente, pero la abuela no aparece.

Ella ignora que hace ya siete meses la abuela está bajo tierra, seca y tibia como un lingote de estaño, en un cementerio de campaña.

Sin embargo, la chica sigue aguardando. Despierta o dormida, aguarda siempre. Sus crisis de sonambulismo se repiten ahora con más frecuencia. Casi todas las noches la Tita sueña y se levanta, inmóvil, rígida; abre las puertas del zaguán y atisba la calle... ¿Vendrá? No, no; no viene; hoy tampoco viene... Luego, se repliega, abatida, contra el marco de la puerta; quiere llamar a la abuela y en vez de pronunciar su nombre, solloza:

—¡Se lustra!...

(De *Malditos*)